

ELENA LASIDA

« La ecología, una cultura de la relación »

La encíclica *Laudato Si* propone, a través de la ecología integral, la creación de una nueva cultura. No se trata solamente de respetar mejor la naturaleza, sino de iniciar una “revolución cultural” (LS 114), de “cambiar de paradigma” (LS 108), redefinir el progreso (LS 194).

La piedra angular de esta nueva cultura a construir reside en la relación concebida como valor central de la existencia. La relación no aparece como un medio sino como una finalidad. Ella no es ni una consecuencia ni una externalidad positiva sino el principal objetivo a alcanzar. Pero, siendo un objetivo, la relación no es una virtud preconcebida, sino una emergencia. Es un proceso más que un resultado a alcanzar. La nueva cultura ecológica se caracteriza sobre todo por su “antropología relacional”¹.

Presentaremos esta nueva cultura a través de tres aproximaciones diferentes y complementarias. Partiremos de lo que consideramos ser los tres principios que estructuran la encíclica *Laudato Si*, relacionados con las cuatro reglas presentadas en la exhortación *Evangelii Gaudium*. Luego veremos como estos principios producen un cambio en el imaginario dominante de la buena vida. Finalmente, relacionaremos este nuevo imaginario asociado a la cultura ecológica con prácticas concretas que otorgan una realidad histórica a este nuevo horizonte de vida.

LA “CULTURA ECOLOGICA”

¹ Se podría relacionarla con lo que Christoph Theobald denomina “estilo de comunicación” para identificar la presencia de cristianos en el mundo (ver Christoph Theobald, « C’est aujourd’hui le moment favorable » dans Philippe Bacq et Christoph Theobald (dir.), *Une nouvelle chance pour l’Évangile. Vers une pastorale de l’engendrement, Lumen vitae*, Novalis, Éd. de l’Atelier, 2004, p. 47-72), así como con “la identidad dialógica” evocada por Alain Thomasset (voir Alain Thomasset, « Identité morale », *Dictionnaire encyclopédique d’éthique chrétienne*, Éd. du Cerf, coll. « Dictionnaires », 2013, p. 1107-1115).

EN TRES PRINCIPIOS Y CUATRO REGLAS

La cultura ecológica propuesta en *Laudato si'* puede ser caracterizada por tres principios fundadores: *todo está relacionado, todo es dado, todo es frágil*. Sin embargo estos tres principios sólo pueden ser comprendidos si se los relaciona con las cuatro reglas que el Papa Francisco presenta en la exhortación *Evangelii Gaudium* : la realidad supera a la idea, el todo es más que la parte, la unidad supera el conflicto, el tiempo supera al espacio. Con la ayuda de estos tres principios y de las cuatro reglas, esbozamos los fundamentos y los límites de esta nueva cultura a construir en torno a la “ecología integral”.

Los tres principios que fundan la “cultura ecológica”

El primer principio es formulado con una expresión que se repite constantemente en la encíclica: todo está ligado. Existe un lazo estructural entre la relación con la tierra, la relación consigo mismo, la relación con el Otro y la relación con Dios. Al estar todo relacionado, la dimensión relacional aparece como central. El mismo medio ambiente es definido como una relación:

Cuando se habla de «medio ambiente », se refiere particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados. (LS 139)

Este entramado entre la naturaleza y lo humano implica un destino común entre todos los seres vivos y por lo tanto entre lo humano, los vegetales y los animales. Pero este vínculo no es instrumental. La prioridad dada a lo humano no conduce a la creencia de que la tierra tenía únicamente como función estar al servicio de las necesidades humanas. El Papa recuerda que la naturaleza tiene una existencia y una finalidad propias en la creación. Hace un llamado al ser humano no solamente a “respetar” la naturaleza, sino sobre todo a ponerse “en comunión” con todos los seres vivos (LS 220).

Entre los diferentes vínculos que la encíclica pone en evidencia, hay uno en el que hace particularmente hincapié: el que se establece entre la pobreza humana y la pobreza de la tierra. La ecología y lo social no pueden estar separados como problemas independientes.

Pero hoy no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres. (LS 49)

El segundo principio de esta nueva cultura se sustenta en la idea de que de todo es dado, es decir que la tierra en la que habitamos así como todos sus frutos constituyen un don que hemos recibido en forma gratuita. Este don se relaciona con uno de los grandes principios del Pensamiento Social de la Iglesia: el destino universal de los bienes, recordando que este principio se impone al derecho de propiedad (§ 158). La tierra no nos pertenece, la hemos recibido para cuidarla y hacerla fructificar. La tierra con todos sus bienes es un don de Dios que debe beneficiar al conjunto de los seres humanos y no solamente a quienes son capaces de apropiarse de ella: “*La tierra nos precede y nos ha sido dada*” (LS 67).

El reconocimiento de este don debe llevarnos a tener una actitud de “gratuidad y gratitud” (LS 220). Es por esta razón que el himno del santo Francisco de Asís – que ha dado el nombre a la encíclica- está incorporado en el texto como una invitación a alabar a Dios por este don recibido (LS 87). Además, las dos oraciones con las que concluye el documento se inscriben también en esta actitud de gratitud y alabanza.

Finalmente el tercer principio fundador de la cultura ecológica puede ser formulada con la siguiente expresión: todo es frágil. El Papa recuerda permanente la fragilidad de toda la creación: la de la vida humana y la de la naturaleza. Sin embargo esta fragilidad no es solamente un llamado a la protección sino que invita fundamentalmente a la creatividad humana para realizar “un nuevo comienzo”

Los “gemidos de alumbramiento” evocados al comienzo del texto se hacen eco de la citación de la Carta de la Tierra que el Papa retoma textualmente al final de su documento:

«Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo [...] Que el nuestro sea un tiempo que se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida; por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad; por el aceleramiento en la lucha por la justicia y la paz y por la alegre celebración de la vida »(LS 207)

No hay un comienzo nuevo sin fragilidad, no hay creación posible sin el todo pleno, no hay vida nueva sin pasar por la muerte. La fragilidad aparece como fuente de vida. Es como el grito desgarrador que surge al ver la tierra dañada y lo humano degradado y se vuelve una invitación a crear más que a reparar.

Se puede decir que estos tres principios – *todo está relacionado, todo está dado, todo es frágil*-, en torno a los cuales se estructura la encíclica *Laudato Si*, constituyen los fundamentos de la nueva cultura ecológica. El vínculo más que el éxito individual, la gratuidad más que el intercambio mercantil y la fragilidad en lugar de la solidez, se convierten en los ejes en torno a los cuales se teje el vivir juntos. No se trata de reemplazar un principio por otro sino de invertir

el orden de prioridades, de pasar de una lógica de oposición a una lógica de complementariedad: pensar el éxito individual como el que, ante todo, genera lazos; concebir al intercambio mercantil como aquel que hace posible la gratuidad; apuntar a una solidez que se construye gracias y no en contra de la fragilidad. De esta forma nos damos cuenta hasta qué punto la ecología integral implica una verdadera “revolución cultural”, ella revierte y articula las lógicas que ordenan nuestras vidas individuales y colectivas

Las cuatro reglas que regulan la “cultura ecológica”

Para favorecer el surgimiento de esta nueva cultura ecológica fundada en los tres principios que acabamos de mencionar, podemos utilizar las cuatro reglas que el Papa ha presentado en la exhortación *La ecología, una cultura de la relación Evangelii Gaudium (EG)*. Estas reglas son retomadas separadamente tanto en la encíclica *Laudato si’* como en otros documentos y mensajes del Papa. Se podría decir que en cierta forma estas reglas estructuran el pensamiento del Papa y nos permiten entender mejor el objetivo y el desafío de la conversión ecológica propuesta.

Las cuatro reglas están introducidas por una imagen que puede ser relacionada con la imagen de “casa común” propuesta en *Laudato si’*. Es la imagen del *poliedro* que el Papa diferencia de la esfera. En la esfera, las partes han desaparecido, se han fusionado, mientras que en el poliedro cada parte guarda su singularidad y arman juntas la totalidad. En la esfera, cada punto es equidistante del centro: la armonización se uniformiza. En el poliedro, cada punto ocupa un lugar único y diferente. Una casa común de forma de poliedro sería una casa en la que las diferencias no desaparecen como en la esfera, sino que dialogan entre sí. El conjunto no es el resultado de una fusión sino de un vínculo entre las singularidades de cada parte. El poliedro da una forma visual a la lógica “dialógica” que debería caracterizar la cultura ecológica.

Luego esta imagen se completa con la propuesta de cuatro reglas (*EG* capítulo 4) :

- la realidad es más importante que la idea
- el todo es superior a las partes
- la unidad prevalece al conflicto
- el tiempo es superior al espacio

Estas reglas posibilitan precisar y perfeccionar los principios que son el fundamento de la cultura ecológica. La primera propone una postura general y las tres siguientes pueden estar asociadas respectivamente a cada uno de los tres principios mencionados.

- *La realidad es más importante que la idea*

La exhortación Evangelii Gaudium aclara de esta forma el significado de esta regla:

Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre ambas se debe instalar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría (EG 231).

Según esta regla, la realidad no es algo a corregir, es un lugar de revelación. La idea, así como la norma, jamás pueden dar cuenta de forma total de la complejidad y diversidad de lo que es la realidad. Sin embargo, esta regla nos dice también algo sobre la manera de situarse frente a la idea o frente al conocimiento en general. Ella advierte sobre la reducción inevitable de la realidad a la idea e invita a realizar una confrontación y una reformulación permanente de la idea frente a la realidad.

En consecuencia, esta regla nos lleva a situarnos frente a la crisis ecológica como si fuera un lugar de revelación más que un problema a resolver: un lugar que revela algo nuevo en el sentido de la vida, un lugar que desplaza nuestro imaginario de vida buena, un lugar que hace presente una nueva forma de la presencia de Dios en la historia. Es en este sentido que la ecología puede volverse la base de la construcción de una nueva cultura.

- *El todo es superior a las partes*

Esta regla podría ser fácilmente malinterpretada haciendo creer que plantea un predominio de lo colectivo sobre lo individual. Pero éste no es el significado dado por la exhortación:

No hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que será beneficioso para todos. Pero hay que hacerlo sin evadirse, sin desarraigarse. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios: la totalidad debe estar “enraizada” y no ser abstracta. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, cuando una persona conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, se integra cordialmente en una comunidad, no se anula sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. (EG 235)

El todo es más que la parte ya que no puede reducirse a la mera suma de ellas: el todo, no es únicamente una cuestión de números, sino que es fundamentalmente una cuestión de relación. Es lo que vincula a las partes, lo que hace al todo. En consecuencia, hay una relación de interdependencia entre el todo y las partes: la parte conforma el todo y el todo alimenta cada parte. De este modo hay una interdependencia estructural entre lo individual y lo colectivo, entre lo local y lo global, entre lo micro y lo macro. Esta interdependencia se traduce en que lo particular debe de estar siempre puesto en la perspectiva del todo y a su vez la totalidad debe de estar enraizada en cada situación particular.

Esta regla puede asociarse al primer principio surgido de Laudato si’ : todo está ligado. La “casa común” no es solamente un espacio de encuentro sino fundamentalmente un lugar de vinculación. El diálogo al que el Papa en la encíclica invita de forma recurrente constituye la clave de esta vinculación. La interdependencia entre el todo y las partes toma forma en el seno de la Creación no solamente con respecto a la comunidad humana sino con todos los seres vivos. La encíclica exhorta de esta forma a poner “en comunión” con todos los seres vivos. Esta comunión significa entonces que cada ser, humano y natural, debe de ponerse en la perspectiva de la Creación en su conjunto, pero del mismo modo en que la Creación debe de enraizarse en cada situación particular.

- *La unidad es superior al conflicto.*

Esta regla puede parecer bastante banal en su formulación. Sin embargo implica una concepción de la unidad que no es para nada banal, ya que está fundada en la “comunidad” de las diferencias y no en su supresión:

Es posible desarrollar una comunidad en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie del conflicto y miran a los demás en su dignidad más profunda. Se trata de un principio indispensable para construir la amistad social, una forma de pensar la solidaridad: un ámbito en el que los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme, unidad que engendra nueva vida. El signo de esta unidad es la paz: no una paz negociada sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades. Va más allá de todo conflicto en una nueva síntesis prometedora (EG 228)

Esta regla se corresponde perfectamente con la imagen del poliedro anteriormente mencionada: la unidad no borra las particularidades de cada componente sino que las coloca en “comunidad”, es decir en diálogo. La explicación de la regla agrega referencias interesantes para pensar esta comunidad. Propone el concepto de “amistad social” dando así una idea de una sociedad representada no por su uniformidad sino por la calidad de sus relaciones, consideradas éstas como relaciones de amistad. La unidad aparece así como “una realidad multiforme” en la que las tensiones engendran algo en común y nuevo. Finalmente, la unidad a la que se apunta se expresa mediante la “paz” considerada ésta no como un simple compromiso, sino como la construcción de una “síntesis nueva y prometedora”.

Esta regla sobre la unidad puede ser relacionada con el segundo principio identificado a partir de la encíclica *Laudato si'*: todo es dado. Esto se debe a que la experiencia del don hace posible la desapropiación necesaria para construir la unidad propuesta. La unidad construida a partir de las propiedades individuales se vuelve simplemente un compromiso. Es el caso, por ejemplo, de las “copropiedades”: cada propietario trata de defender ante todo su propiedad individual. La unidad construida a partir de lo que nos es dado se vuelve comunidad. La cultura ecológica que *Laudato si'* nos invita a construir nos remite a este último tipo de unidad que cobra forma a partir del don recibido.

- *El tiempo es superior al espacio*

Por último una última regla, cuya formulación puede parecer un poco enigmática, que relaciona el tiempo y el espacio. La significación dada en la *Evangelii Gaudium* posibilita acercarse al tercer y último pilar identificado en *Laudato si'*: todo es frágil

Este principio posibilita trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo: la plenitud es dominante (conduce a la voluntad de poseer todo), el límite es creativo. Uno de los pecados que a veces encontramos en la actividad sociopolítica es el de privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos. Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse por tratar de resolver todo en el momento presente, por tratar de tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin camino de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan nuevos dinamismos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que los desarrollarán, hasta que éstos fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Sin ansiedad, pero sí con convicciones claras y tenacidad. (EG 223)

El planteo de que el tiempo es superior al espacio se transforma en una invitación a “iniciar procesos más que poseer espacios”. Esta invitación se traduce entonces en vivir una serie de desplazamientos. Se trata, ante todo, de desplazar la prioridad dada al corto plazo y al resultado inmediato al largo plazo y al resultado duradero. Se trata, además, de desplazar la búsqueda de una previsión perfecta y absoluta del futuro a acoger lo inesperado. Finalmente, se trata de desplazar el deseo de poseer por mejorar el control y controlar hacia el objetivo de movilizar, iniciar procesos que otras personas o grupos seguían implementando en el futuro. En este sentido, el tiempo superior al espacio puede ser relacionado con la aproximación positiva de la fragilidad planteada en *Laudato si'*. Privilegiar el tiempo sobre el espacio supone una cierta fragilidad: la de perder el control total sobre lo que se produce, la no apropiación del resultado de la acción realizada, la de aceptar un resultado diferente al que se esperaba. Sin embargo, es únicamente esta fragilidad la que posibilita el surgimiento de lo radicalmente

nuevo. Mientras que estemos en la lógica del dominio y del control absoluto, repetiremos lo ya conocido. La creación no tiene lugar en la plenitud y la perfección, toma forma solamente cuando dejamos un cierto espacio vacío. La cultura ecológica no recoge soluciones y formas preconcebidas de “hacer” que impliquen solamente su aplicación. Por el contrario se trata de una cultura en construcción permanente, que posibilita iniciar procesos hacia nuevas posibilidades.

En este sentido, el tiempo superior al espacio puede ser conectado con el enfoque positivo de la fragilidad de *Laudato si'*. Privilegiar el tiempo antes que el espacio supone, en efecto, una cierta fragilidad: la pérdida del control total sobre lo que se produce, la no apropiación del resultado de la acción llevada a cabo, la aceptación de un resultado diferente al que se esperaba. Sin embargo, es solamente esta fragilidad la que da lugar al surgimiento de lo radicalmente nuevo. Mientras que nos manejemos con la lógica del dominio y del control absolutos, permanecemos en la repetición de lo ya conocido. La creación no tiene lugar en la plenitud y la perfección, toma forma únicamente cuando dejamos un cierto espacio vacío. La cultura ecológica no nos brinda soluciones hechas y preconcebidas para ser simplemente aplicadas. Por el contrario, se trata de una cultura en construcción permanente, que posibilita el inicio de procesos a nuevas posibilidades.

Tres principios y cuatro reglas para esbozar esta nueva cultura ecológica a construir. A partir del vínculo, de la gratuidad y de la fragilidad, concebimos de forma diferente la realidad, el colectivo, la unidad y el tiempo. Esta cultura que se define por la interdependencia más que por la autosuficiencia, por la diversidad más que por la uniformidad, por el movimiento más que por la estabilidad, cambia nuestra forma de “hacer” pero fundamentalmente y ante todo nuestra razón “de ser”.

La «cultura ecológica» como un nuevo imaginario de la vida buena.

Si la conversión ecológica puede ser la cuna de una nueva cultura, debe ante todo desplazar el imaginario dominante sobre lo que implica vivir bien. Toda cultura está marcada por formas de hacer (hablar, comer, residir, trabajar, distraerse, etc.) pero sobre todo por una forma de ser y que da sentido a la vida y posibilita mejorarla.

En nuestras sociedades occidentales marcadas por la modernidad, podemos identificar tres características asociadas al imaginario de vida buena: la autonomía, la prosperidad y la seguridad

La autonomía, la mayor conquista de la modernidad, posibilita liberarse de los modelos en los que el individuo estaba siempre bajo el control de su comunidad de pertenencia: la familia, el pueblo, el país, bajo la influencia del padre, del señor o del rey. La imagen por excelencia de la autonomía individual es el auto: signo de éxito y de libertad.

La prosperidad se asocia a la idea de crecimiento y se determina por el aumento de la riqueza material y monetaria. El desarrollo al que se aspira es exclusivamente cuantitativo y lineal. La vida en común se construye en torno al ideal de prosperidad compartida, de bienestar para todos, ideal que se creía que se podía aumentar al infinito. Sin necesidad de acuerdo, un mismo ideal reunía a los individuos y los inducía en la misma dirección. La reconstrucción impresionante de la post-guerra es la consecuencia práctica de la potencia de este sueño común.

Por último la seguridad de un futuro sin riesgos, con un bienestar siempre creciente, pero siempre igual al modelo. El riesgo cero, la perfecta previsión, la planificación hasta el último día todo ello caracteriza el futuro esperado. Protección máxima ante riesgos eventuales: seguro de enfermedad, seguro de incendio, seguro de robo... Esta obsesión por asegurar el futuro crea a veces la ilusión de que éste es eterno.

La cultura ecológica hace a un lado a este imaginario de vida buena: tanto la autonomía, la prosperidad como la seguridad adquieren un nuevo significado. A menudo la crisis ecológica se presenta como un límite y una restricción al ideal de vida buena. Sin embargo el límite impuesto por la crisis ecológica no implica solamente disminuir el nivel de buena vida. Este límite es una oportunidad para posibilitar emerger otro ideal de vida buena. Un ideal que estaría caracterizado por la interdependencia, la gratuidad y lo inesperado.

- *La autonomía : pasar de la dependencia a la interdependencia*

El principio de que “todo está conectado” asociado a la norma que indica que el todo es superior a la parte, nos lleva a reexaminar el concepto de autonomía. Pensada a menudo como independencia y autosuficiencia, la autonomía hace desaparecer la dimensión relacional de la vida. Sin embargo la cultura ecológica relaciona el centro de la vida con lo que hace vivir. Esta valorización de la relación no supone abandonar el ideal de autonomía, sino su redefinición. Lo que hace autónomo no es la independencia - el hecho de no depender de nadie- sino la interdependencia, es decir tener siempre algo para dar y algo para recibir del otro.

- *La prosperidad: pasar de la propiedad a la gratuidad*

El principio de que “todo nos es dado” nos lleva a preguntarnos sobre uno de los grandes principios de nuestras sociedades modernas, el derecho de propiedad. La mejora de la calidad de vida se asocia siempre a ser propietario: de su casa, la casa de veraneo, el auto.... Por lo tanto, la prosperidad compartida supone que cada persona pueda convertirse en propietario. Sin embargo hay otra forma de pensar la distribución: a partir de la gratuidad. La distribución se vuelve así una verdadera puesta en común y no solamente la redistribución de bienes disponibles.

La Iglesia enfatiza la prioridad de lo gratuito sobre la prosperidad desde hace mucho tiempo, sobre todo a través del principio de “destino universal de los bienes” considerado superior al derecho de propiedad. Sin embargo *Laudato si'* nos invita a revisar este principio básico del pensamiento social de la Iglesia y a hacer de la gratuidad un nuevo imaginario de la vida buena. Situar ante los bienes no como potenciales propietarios sino como beneficiarios de un don a compartir cambia la forma de concebir lo común: no es tanto el resultado de un desprendimiento sino una verdadera comunión. Los bienes no nos pertenecen, nos han sido dados para la construcción de la casa común. Si la apropiación conduce rápidamente al conflicto, la gratuidad hace posible la unión.

Recuperamos de esta forma la regla que define la unidad como superior al conflicto, asociada al principio del “todo es dado”.

- *La seguridad: pasar del control a lo inesperado*

El principio de que “todo es frágil” posibilita comprender la superioridad del tiempo frente al espacio. Nos hace cuestionarnos sobre lo que entendemos por seguridad. Muy rápidamente asociada al dominio y al control por reducir al máximo lo imprevisto, la seguridad adquiere en *Laudato si'* otro significado. Desde el momento en que la fragilidad no es percibida como una amenaza sino como la promesa de otra posibilidad, la seguridad consistiría más bien en crear las condiciones para acoger bien lo inesperado. Ella no se sitúa en el plano del dominio y del control, sino más bien del descontrol y del dejar ir, lo que posibilita la emergencia de lo radicalmente nuevo.

En consecuencia, lo imaginario ligado a la seguridad cambia: no se percibe como la protección de lo adquirido sino más bien como la protección de la capacidad creadora de los seres vivos. La creación no se concibe como fabricación sino como la generación de algo que no es conocido de antemano², la seguridad se torna más una apuesta que un control del futuro.

Un nuevo imaginario de vida buena comienza a surgir. Un imaginario en el que la autonomía se concibe más como interdependencia que independencia, un imaginario en el que la prosperidad está asociada a la gratuidad y la capacidad de comunión más que a la propiedad, un imaginario en el que el futuro es promesa de novedad radical y desconocida en lugar de seguridad de lo adquirido. Una vez esbozado este nuevo imaginario, vemos cómo se puede concretar dentro de una nueva cultura.

La “cultura ecológica” como una nueva forma de convivencia

Para dar un contenido concreto a esta nueva cultura ecológica ya podemos identificar la semilla³, que presentamos en torno a tres nuevos imaginarios que explicitamos a continuación.

- *La autonomía como interdependencia*

² Ver Hannah Arendt, *Condition de l'homme moderne* [1958], Éd. Calman-Lévy, coll. « Agora », 1995.

³ Para una presentación general de las nuevas prácticas en emergencia, ver Bernard Perret, *Au-delà du marché : les nouvelles voies de la démarchandisation*, Institut Veblen, Éd. Les petits matins, coll. « Politiques de la transition », 2015

La autonomía entendida como interdependencia nos lleva a cuestionar nuestras preferencias tanto en el consumo como en el ahorro. ¿Lo realizamos únicamente en función de nuestra satisfacción e interés personal o tomamos en cuenta el impacto que nuestras elecciones tienen en los demás seres vivos? Hoy los productos bio, así como el comercio justo y las finanzas solidarias permiten elegir tanto en el consumo como en el ahorro lo que tiene un impacto positivo tanto en la naturaleza como en el Otro. No se trata de renunciar a la satisfacción individual para privilegiar el colectivo, sino, por el contrario, de integrar y articular el interés de los otros seres vivos con mi interés individual. Este tema se puede plantear igualmente a nivel macroeconómico, cuestionándonos sobre la forma de organizar los intercambios comerciales. En el mercado clásico, se toma siempre como hipótesis inicial la oposición de intereses entre la demanda y la oferta. Pasar de la independencia a la interdependencia supone pensar en un mercado en términos de “co-producción”: el consumidor integra en su elección el interés del productor, y el productor a su vez integra el suyo en el interés del consumidor. Del interés individual, se pasa al interés mutuo o compartido. Hay que cambiar la lógica del mercado, esto implica cambiar criterios de evaluación de la actividad económica. Se trata de evaluar la actividad no solamente en función de la rentabilidad generada, sino también en relación a su “utilidad social y medioambiental”, es decir de su impacto en la sociedad, su capacidad de establecer un lazo social y su huella ecológica

Estos cambios a nivel de elecciones individuales y a nivel de la organización y de la evaluación de la actividad económica prefiguran otra concepción del progreso, a la que nos invita *Laudato si'* : un progreso que no es considerado solamente en función de maximizar el interés individual sino también y fundamentalmente en función del tipo de relación que se establece con los otros y con la naturaleza. Un modelo de progreso en el que la riqueza no es únicamente de orden material o financiero, sino fundamentalmente relacional.

- *La prosperidad como gratuidad*

Imaginar la vida buena, en términos de gratuidad más que de propiedad, nos hace pensar en nuevas formas de hacer lo colectivo.

Es la naturaleza la que nos puede enseñar a hacerlo al inspirarnos en la relación simbiótica que la caracteriza. Cuando observamos la naturaleza, vemos una gran interdependencia entre

vegetales y animales, caracterizada por un ciclo de vida en el que los deshechos de unos se convierten en recurso para los otros. La naturaleza nos invita, de esta forma a unirnos a este ciclo simbiótico y a salir de lo que el Papa denomina la “cultura del deshecho”. Vivir en simbiosis supone clasificar los deshechos para que éstos puedan ser reciclados, pero además utilizar nuestros bienes hasta el final de la vida en vez de cambiarlos cuando la moda cambia. La simbiosis supone además flexibilizar uno de los fundamentos de nuestras sociedades modernas: la propiedad individual. La simbiosis nos lleva a poner en común la utilización de los bienes. Es lo que denominamos hoy “la economía de la funcionalidad” que traduce justamente esta relación con los bienes. Privilegia su uso y por lo tanto su función más que el hecho de apropiarse de ellos. Un ejemplo de este tipo de economía son las bicicletas públicas que están presentes hoy en numerosas ciudades. Ellas posibilitan la utilización de una misma bicicleta por diferentes personas en un mismo territorio. Esta simbiosis a nivel de los bienes supone entonces una simbiosis a nivel de las relaciones entre los seres humanos. El reciclar, poner en común implica situarse frente al Otro en complementariedad y no como rival o competidor. Esta complementariedad se encuentra también en el modelo de economía circular: los deshechos de una industria se convierten en materia prima para otra. Pero, este tipo de economía implica también encarar de forma diferente la producción puesto que los productos deben optimizarse para posibilitar su utilización y aumentar su vida útil, facilitar su mantenimiento y reparación, posibilitar el reemplazo de las piezas de repuesto provenientes de materiales reciclados. Es lo que se denomina la “eco-concepción”.

Esta simbiosis a nivel técnico puede producir una simbiosis a nivel humano y social obligando a las empresas que se encuentran en un mismo territorio a colaborar más que a rivalizar. Lleva a desarrollar nuevas formas de asociación entre los diferentes actores sociales. La simbiosis material puede convertirse en fuente de “amistad social”.

- *La seguridad como acogida a lo inesperado*

Una forma concreta de pasar del control a la acogida de lo desconocido es el compartir. Hoy se llevan a cabo diferentes formas de compartir y de puesta en común. Por ejemplo el alquiler de herramientas para trabajos manuales posibilita que diferentes personas puedan utilizar la misma herramienta. El compartir un vehículo y los autos utilizados por varios

conductores posibilita que varias personas lo puedan utilizar. El coworking posibilita compartir un mismo espacio por varios empresarios. En el caso del crowdfunding se comparten los recursos financieros en proyectos comunes. Estas prácticas se multiplican cada vez más: posibilitan la utilización más racional de los bienes y posibilitan inventar nuevas formas de puesta en común.

Las diversas formas de compartir aparecen no solamente en el consumo a bajo costo, sino también como una nueva experiencia en relación con los bienes, en relación al Otro y al colectivo. Una relación con los bienes más libre desde el momento en que los que se utilizan no son de propiedad de la persona. Es una relación con el Otro marcada por el compartir y la corresponsabilidad desde el momento en que hay una utilización común de los mismos bienes. Una relación con el colectivo marcada por el proyecto común más que por la suma de las competencias individuales o de lo adquirido de forma personal. Es en cierta forma la experiencia evocada por el Papa en relación con la sobriedad: “el más del menos”.

Elegir la utilización común de los bienes en vez de la utilización individual supone un cierto “dejar ir” al bien. Se pierde el control exclusivo, pero uno se abre de este modo a nuevas relaciones así como al descubrimiento de otras formas de gestión. El poner en común los bienes o compartir su uso es como iniciar un proceso en el cual uno no conoce el final porque pertenece al colectivo más que al control individual de quien participa. De esta forma se privilegia al tiempo en vez del espacio

Laudato si' invita a la creación de una nueva cultura fundada en el valor relacional de la vida. A través de tres principios que estructuran la encíclica, en consonancia con las cuatro reglas propuestas en *Evangelii Gaudium*, vemos esbozarse un nuevo imaginario de buena vida. Éste comienza a tomar forma a través de múltiples iniciativas que nos hablan de autonomía así como de interdependencia, de prosperidad como comunión y de seguridad como acogida a lo inesperado. Esta cultura se caracteriza por una nueva relación con el Otro, con los bienes y el futuro. Está en nosotros hacerla posible y desarrollarla